La despedida

Juan Carlos Pereletegui

Ganador del IV Certamen de cuentos y relatos montañeros

Cuentamontes 2011

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

¡Haz silencia! Y escucha
El lastimero grito
Del viento en las tinieblas.
Haz silencio y escucha sin susurros ni suspiros
Los pasos que hollaron los eones perdidos:
El sonido que te conduce a la muerte.
¡Haz silencio y escucha! ¡Haz silencio y escucha!
Los pasos de la muerte
W. H. Hodgson

10 de septiembre de 1976.

Sentado sobre una piedra, al pie del Nanda Devi, delante de las tiendas del campo base, Willi Unsoeld miraba con aprensión las figuras que se acercaban cruzando el glaciar de Uttari. Tres montañeros descendían lentamente, con evidentes signos de agotamiento. Tres. Llevaba toda la mañana observándolos, desde el mismo momento en el que se habían hecho visibles en la cara noroeste de la montaña. Tres. Ya estaban a distancia de poderles prestar ayuda, congregó al equipo y se dirigieron a su encuentro. Tres. Cuando llegaron hasta ellos seguían siendo tres y faltaba la que más le importaba. Miró al montañero de cabeza a los ojos, sin atreverse a preguntar. Este, por toda respuesta, puso en la mano de Willi un papel doblado y continuo su descenso sin detenerse, acongojado por la fatiga y la tristeza.

Willi desdobló la cuartilla y fijó la vista en las torcidas hileras de palabras, escritas con mano torpe en medio de la ventisca, a más de siete mil metros.

8 de septiembre de 1976
Campo 4

Querido papá:

Creo que no voy a bajar, me estoy muriendo. Si llegas a leer estas líneas es que tengo razón y me he quedado aquí arriba para siempre. Lou sabe donde está la carta y te la dará si yo no bajo. ¿Recuerdas cuando llegamos a Josimath? Unas pocas semanas tan solo y parece que haya sido en otra vida. Bajamos del autobús y me cogiste de los hombros..., y estuvimos allí, quietos, esperando a que se despejara el fondo del Rishi Ganga para poder ver el Nanda.

Cuando por fin las nubes se alzaron, tú te emocionaste. No dijiste nada pero yo lo noté, y sé perfectamente lo que estabas pensando: me ofrecías a la diosa y yo me sentí muy feliz por ello y te estaré eternamente agradecida. Por mucho que te lo pareciera, no estabas cumpliendo tu sueño, estabas cumpliendo el mío. Sí, tú me diste este bello nombre que ha llevado con orgullo durante veintidós años y por él he querido venir aquí, poner el pie en mi montaña y esperar humildemente que me dejara llegar a su cumbre. Era una fantasía romántica, Devi en el Nanda, me hacía ilusión, mucha más de la que te puedas imaginar. Desde que era una chiquilla y fui consciente del nombre que llevaba supe que tenía que remontar el Rishi Ganga hasta al Santuario y ver de cerca esta montaña fantástica. Venir al Nanda es lo mejor que me ha pasado en la vida, y si me hubiera llamado Ruth, Nancy o Pallantia... quizá me lo hubiera perdido, así que ¡gracias, papá! Desde que tomamos la decisión de escalar el Nanda hemos trabajado en equipo, entrenado, resuelto problemas, soñado, sufrido, desesperado... Hemos dejado de ser hija y padre para convertirnos en compañeros de cordada. Ahora más que nunca debes recordar todo la emoción de esos días, toda la ilusión que me embargaba, toda la felicidad que sentí al poner el pie en el Santuario y contemplar a la diosa. Perder a tu hija en la cumbre a la que tanto se ha amado, la cumbre cuyo nombre le diste, puede hacer tambalear las creencias del hombre más templado, cualquiera se acusaría por ello. Pero no has sido tu quién me ha matado, ni siquiera ha sido la montaña, toda la culpa es de un maldito virus intestinal, un trago de agua infectada que podía haber bebido en Delhi o en cualquier otro lugar, haciendo el más seguro y aburrido de los recorridos turísticos.

Soy joven, tengo una vida por delante y gracias a ti hubiera sido una vida intensa y llena de experiencias, pero va a acabar en esta pequeña tienda, muy cerca del cielo. Le he pedido a Lou que abra un momento la puerta y me deje mirar afuera. Llevamos aquí arriba cinco días, inmovilizados por la tormenta, pero por fin ha pasado y la noche es preciosa, mañana tendrán un buen día de cumbre, pero para mí es demasiado tarde. Las estrellas brillan intensamente y hay tantas y parecen tan cercanas que si estirara la mano podría coger un puñado y guardármelas en el bolsillo para llevarlas a casa.

Tengo una vida por delante, una vida larga para ser feliz y dar felicidad, pero si tiene que acabar, si ninguno de mis proyectos puede llevarse adelante, si esta noche cuajada de estrellas es la última, no se me ocurre ningún sitio mejor donde ponerle fin que en esta arista, en la pureza del hielo, a un paso del cielo y dándole un buen mordisco a la vida.

Si Lou tiene que darte esta carta, lo hará después de intentar la cumbre, se lo he hecho prometer, quiero que lleguen arriba por mí y le presenten todos mis respetos y mi amistad a la diosa. Luego, a la vuelta, me arrastrarán a la profunda *cravasse* que hay junto al campamento y allí me dejaran en compañía de mi amiga, para siempre. ¡No llores papá! No puedes desear nada mejor para mí. Ya sé que te hubiera gustado abrazarme en el campo base, leer en mi cara si había hecho cumbre y felicitarme o consolarme según lo que hubieras visto. Luego, felices y tranquilos, tanto en un caso como en el otro, hubiéramos regresado a casa y seguro que antes de llegar ya tendríamos planes para otra expedición, otra lucha, otro sueño.

No muero por llamarme como me llamo, ni por haber venido al Nanda, muero por amar las montañas intensamente, por no saber, ni querer, vivir mi vida de otra manera que no sea entre hielo, nieve y roca. Ese amor me lo inculcaste tú y por ello te estoy infinitamente agradecida. Sé que podría estar viva, allá en casa, viva, sí, pero perdida, buscando sin encontrar, vegetando, dejando pasar la vida sin vivirla, experimentando sensaciones de segunda mano, temerosa y aburrida, llena de prejuicios, neurótica y sofisticada... Esa no-vida es la que me evitaste llenándome los ojos de montañas, guiando mis pasos por el glaciar, dándome el nombre más maravilloso que se puede tener... Si el precio de todo eso es acabar en una grieta, limpia y pura, en el mismo corazón de la sagrada naturaleza... que así sea, no me asusta, ni querría cambiar ni una coma de esta historia.

Te pido por favor que me despidas de mamá, yo soy incapaz de encontrar las palabras. Ella te respeta, y me respeta a mí también, pero en el fondo de su corazón de madre no podía soportar esta insensata pasión nuestra y a veces, sus prevenciones y sus temores me resultaron insoportables, y me llené de rabia y de rencor. De todos los pesares que me causa acabar mi vida en este momento, de todas las cosas que lamento no poder llevar a cabo, la que más me

duele es no saber cómo decirle a mamá cuanto la quiero. Te ruego que lo hagas por mí, sé que encontrarás las palabras que la ayudarán a soportar mi marcha. Solo por pedírtelo me siento aliviada y me rindo ante esta maldita cosa que me está devorando por dentro.

Adiós papá, nos vemos en la cumbre, te quiere, Devi.

16 de septiembre de 1976.

Betsy llegó al edificio de apartamentos para estudiantes cargada con una bolsa de papel con la compra, en un brazo, y en el otro los libros de enfermería del cuatrimestre que acababa de comenzar. Abrió la puerta con dificultad, entró al vestíbulo y cogió el correo. Mientras subía las escaleras revisó los remites hasta ver el nombre de Nanda Devi, su amiga y compañera de piso, y el corazón le dio un vuelco. Intentando no dejar caer nada, rasgó el sobre de mala manera, extrajo un par de hojas y comenzó a leer la letra nerviosa pero disciplinada de Devi, mientras subía los peldaños sin mirar donde ponía los pies.

2 de septiembre de 1976
Campo base del Nanda Devi, India

¡ALTO! ¡ NO SIGAS!

Sé lo que estás haciendo. Acabas de abrir el buzón, has visto mi carta, has pensado «¡Dios! ¡La loca de Devi desde la India!» y ahora estás intentando leerla mientras subes al apartamento con la bolsa de la compra en una mano y los libros de enfermería en la otra, así que, ¡PÁRATE! No quiero dejar a mis futuros sobrinos adoptivos sin madre antes de que nazcan.

¿Ya has dejado las cosas encima de la mesa y te has tirado en nuestro sofá? (Aprovéchalo que volveré pronto). Vale, entonces puedes seguir leyendo.

¡Oh, Betsy! Aunque te parezca mentira, hasta hoy no he tenido ni un minuto libre para escribirte. Nos hemos tomado un día de descanso en el campo base. Después de dos semanas de trabajo intenso ya están montados y equipados todos los campamentos de altura y mañana intentaremos alcanzar la cumbre. Palta, nuestro oficial de enlace, va a bajar a Josimath para reclutar a los porteadores que

subirán dentro de unos días a recoger los bultos, él se encargará de enviar esta carta.

Desde que bajamos del avión en Delhi ha sido una locura continua. Lo primero fue llegar a Josimath con todo el equipaje de la expedición. Nos costó cuatro días, primero en un tren de vapor y después en autobús y camiones, unos autobuses increíbles, llenos de gallinas, cabras y personas. ¡Esto es fantástico, absolutamente irreal! Nada de lo que he vivido hasta ahora me había preparado para la India. Los conductores ponen sobre el salpicadero barritas de incienso encendidas para rogar a los dioses que les permitan acabar el viaje sin despeñarse por un barranco. Los animales ocupan los asientos y las personas se sientan en el pasillo y cantan durante todo el viaje para reforzar la plegaria aromática del conductor. Según nos dijeron, ocho o nueve autobuses acaban todos los años en el fondo de algún precipicio, así que supongo que el incienso y los cánticos han cumplido su efecto porque nosotros llegamos a Josimath sin novedad. Tú eres demasiado sensata como para desear hacer este viaje, pero déjame que te describa Josimath. Es un sitio importante, un nudo de comunicaciones en la ruta de las peregrinaciones que van al norte, hacia Badrinath. Es el punto de enlace entre las llanuras y las montañas. Tiene estación de autobuses, pero no llega el teléfono ni la luz. En realidad toda la ciudad no es mas que una calle de casitas de madera con tejado de chapa, que amenazan con deslizarse en cualquier momento ladera abajo, hasta el cauce del Alaknanda. Es un sitio turístico y de cada tres casas, una es un albergue y otra una sala té. Algunos peregrinos llegan hasta Josimath andando, desnudos, tan solo con un taparrabos, y cubiertos de pintura blanca. Llevan los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida. Son hombres de las llanuras y la visión de las montañas los apabulla y refuerza en ellos el sentimiento de estar acercándose al territorio sagrado de sus dioses. Pero no todos los peregrinos son así, otros llegaban en el autobús, vestidos de rojo y aprovechaban la parada en Josimath para beber té y reponer fuerzas antes de la siguiente etapa.

Sé que no me juzgas como hace mi madre, tú eres demasiado buena amiga para eso, pero, igual que ella, no entiendes qué hago en este rincón perdido del mundo, pasando calamidades y arries-

gando la vida por escalar una montaña que lleva mi nombre. ¿Recuerdas el día que estuvimos hablando de nuestros nombres? Según tu madre, Betsy es «la que atrae la felicidad» y creo que tiene toda la razón. Cuando tú termines enfermería y John medicina os casaréis y montaréis una clínica. Tendréis una casa preciosa, llena de chiquillos terribles y haréis barbacoas y verás a tus hijos crecer, hasta que un día te convertirás en abuela, una abuela serena y feliz. En cambio yo soy Nanda Devi y siempre me habían dicho que era la diosa de la felicidad, pero he tenido que venir a la India para descubrir que es la diosa que «da» la felicidad, y tan generosa que no se guarda nada para ella misma. Ya sé que todo esto es tontería y que nuestra vida será lo que tenga que ser, al margen del nombre que llevemos, pero ese es un pensamiento muy occidental y te aseguro que en la India es muy fácil convencerse de lo contrario. ¡No frunzas el ceño así! No te digo que estés predestinada a ser feliz sin tener que esforzarte todos los días en conseguirlo, lo que pasa es que tú lo tienes claro, sabes lo que quieres conseguir y cómo lograrlo, en cambio yo siento que para mí no hay un plan, no hay casa ni barbacoas al final del camino, solo hay «el camino». Tu felicidad es algo tangible, que lograrás alcanzar y serás capaz de conservar, pero la mía es la lucha, el esfuerzo, la brega, siento que solo puedo ser dichosa en movimiento y que si me paro me hundiré igual que el Titanic. Por eso estoy aquí, por eso he cruzado medio mundo para subir una montaña que se llama igual que yo, porque me hace una ilusión tremenda y mientras esté empeñada en llegar a su cumbre seré una mujer dichosa.

¿Sabes que desde Josimath se puede ver el Nanda? Al bajar del autobús, papá me tomó por los hombros y me enfocó hacia el sudeste. La interminable sucesión de colinas que cabalgan unas sobre otras, cada vez más altas, hasta convertirse en cumbres nevadas, tiene un corte oscuro, un tajo hecho a cuchillo sobre las rocas, tan recto como el cañón de un fusil y tan largo como un viaje al infierno. Es la garganta del Rishi Ganga, la que fue infranqueable durante más de cincuenta años y solo se rindió ante Shipton y Tilman, en el 36, en el séptimo intento. Papá estaba a mi espalda, abrazándome con los brazos cruzados sobre mi pecho y la barbilla apoyada en mi hombro. Al fondo del cañón solo se veían nubes, pero papá

me pidió que tuviera paciencia, así que aguardamos durante varios minutos, allí quietos los dos, conteniendo la respiración. El sol se ponía a nuestra espalda y nuestras sombras alargadas señalaban hacia el Rishi Ganga. Los dos juntos formábamos una sombra extraña, como si uno de esos dioses, o diosas, que probablemente nos acompañó en el autobús, siguiera protegiéndome. Yo sentía una extraña paz. El bullicio de la gente subiendo y bajando de los autobuses, con sus cabras, sus gallinas y sus bultos, enmudeció y solo estábamos papá y yo... y ella. Las nubes al fondo de la garganta se levantaron y las nieves del Nanda resplandecieron bajo los rayos del atardecer. Papá me abrazó muy fuerte, en silencio, pero yo sé perfectamente lo que estaba pensando: «Nanda Devi, diosa de las montañas, aquí te presento a tu más devota admiradora, Nanda Devi Unsoeld, mi hija». Entonces supe que escalar el Nanda no era algo que dependiera de mí. De las mismas entrañas de la tierra brotó el sentimiento de que mi vida pasaba por aquí, por Josimath, por el Rishi Ganga, por el Santuario... por el Nanda Devi, y que yo solo tenía voto sobre el cuándo y el cómo, pero qué, tarde o temprano, vendría y que no había nada que yo pudiera hacer para impedirlo. No necesariamente llegar a la cumbre, eso no depende de mí sino de ella, pero venir a la India, remontar el Rishi Ganga, cruzar el círculo exterior, acampar en Dibrugheta, siguiendo los pasos de Graham y de Longstaff, dejarme deslumbrar por el reflejo de la losa de granito del Changabang, atravesar el glaciar Ramani, superar el anillo interior por el col du Pont y adentrarme en el Santuario. Plantarme al pie de la cara oeste y decirle a la diosa: «Aquí estoy, soy Devi y quiero tu bendición, y si me dejas llegar a la cumbre será fantástico, pero no es necesario, me basta con estar aquí, tocarte y sentirte bajo mis pies». No sé cuanto tiempo nos hubiéramos quedado allí, inmóviles como estatuas, si Lou no hubiera llamado a papá para resolver un problema con los bultos. Yo me quedé todavía un poco más admirándola, recordando todo lo que Longstaff escribió sobre ella y la sentí muy cerca, estaba en paz conmigo misma, satisfecha de mi decisión y convencida de mis motivos. Al día siguiente subimos en camión hasta Lata y desde allí necesitamos cinco días de esfuerzo para cruzar toda la garganta y poner el pie en el Santuario. Al llegar a Pisgah vimos la parte norte del Santua-

rio, la zona más elevada de ese circo de prados alpinos, encerrado en un doble anillo de crestas de más de seis mil metros, y en medio del cual se alza el Nanda, gigantesco, poderoso, erizado de glaciares y protegido por paredes y contrafuertes de una verticalidad que impone respeto hasta en el alpinista más experimentado. Desde Pisgah todavía quedaba un día y medio antes de poner el pie en el Santuario. El último tramo son unas losas tan inclinadas que si están mojadas se convierten en un obstáculo formidable. Afortunadamente nosotros las encontramos completamente secas. Luego nos peleamos durante varias horas con un caos de bloques de piedra, de aristas cortantes como el cuchillo, hasta pisar, al fin, el tapiz de hierba, más gris que verde, extraordinariamente áspera, que sirve de alfombra de honor a la diosa. Entonces es cuando puedes levantar la cabeza, casi hasta romperte el cuello, y recorrer con la mirada la larguisima arista oeste, hasta la misma cumbre, muy cerca ya de los ocho mil metros.

Cuando mi padre me puso el nombre de esta montaña no pretendía nada, simplemente le pareció una buena idea darle a su hija el nombre de la que, para él, es la más hermosa de las montañas, nada más. Pero yo he vivido con su imagen desde que tengo uso de razón, he leído las historias de Longstaff y de Shipton, he estado en la cumbre con Tilman y he vivido como nadie la tragedia de Roger Duplat y Gilbert Vignes. Es mi montaña, nadie tiene más derecho a ella que yo y mi vida no estaría completa si no pusiera el pie en el Santuario, es como un rito de paso, la señal de que ya soy adulta y puedo vivir mi vida.

La cumbre no depende de mí, de ninguno de nosotros, como siempre, será la montaña la que decida. Yo simplemente he venido a conocerla y confió en que se alegre de verme.

Estaré de vuelta antes de lo que te parece, no te apropies del sofá y riega mis plantas.

Un fuerte beso de tu amiga Devi.

27 de septiembre de 1976.

Jolene Unsoeld bajó de la bicicleta en la puerta de su casa, un edificio de madera pulcramente pintado de blanco en medio de un bien cuidado césped. El otoño había entrado con tiento, como no queriendo molestar, y al medio día el sol era intenso y se agradecía la sombra de los grandes robles que bordeaban la avenida y enmarcaban los solemnes hogares. La calle estaba casi desierta, tan solo un par de grupos de ciclistas que se dirigían a sus casas, jóvenes estudiantes de la cercana universidad de Evergreen, en la que Willi impartía su peculiar filosofía de educación por la experiencia y en contacto con la naturaleza.

Jolene subió la bicicleta a la acera, se paró un momento en el buzón y luego caminó por el sendero que llevaba a la casa mirando las cartas. El corazón se le llenó de alegría al reconocer en una de ellas la letra de su marido, dejó la bicicleta sobre el césped y la abrió sin perder un momento.

15 de septiembre de 1976
Josimath, India

Querida Jolene:

Nuestra amada Devi nos ha dejado. Sé que ninguna otra noticia podría causarte tanta pena y dolor como esta, y lamento dártela así, pero no hay otra forma de hacerlo. Ocurrió durante el intento de ascensión a la cumbre, a causa de un virus intestinal que la debilitó poco a poco. A pesar de notarse cada vez más débil continuó adelante, pensando que se trataba de una simple diarrea y que pasaría, pero conforme ascendían fue a peor. Hubieran debido bajar, pero una tormenta los bloqueó durante cinco días en el campo 4, a 7.300 metros, y cuando pasó, ya no le quedaban fuerzas. Lou y los demás estuvieron con ella hasta el final, luego alcanzaron la cumbre, tal y como Devi les hizo prometer, y al bajar la enterraron en una grieta de la montaña... de su montaña.

Has abierto esta carta con alegría, pensando que te anunciaría nuestro próximo regreso, la fecha en la que pudieras tenernos de nuevo a tu lado, para descubrir de la forma más brutal que ese momento nunca llegará... Sé lo que se siente porque lo he vivido hace pocos días, cuando Lou y los otros bajaron de la montaña, sin nues-

tra Devi. La cabeza se me vació de golpe y tuve que acuclillarme en el suelo, luego me hice un ovillo y rompí a llorar... Llora querida mía, llora como lo hice yo, llora como no has llorado nunca...

Allá arriba, Devi dedicó sus últimos minutos a escribir una carta de despedida. Tan lúcida y serena como siempre, sin perder la tranquilidad, aun sabiendo que la vida se le escurría entre los dedos. ¿Recuerdas cuando era pequeña? Nunca perdía los nervios. Nunca se dejaba llevar por la premura, ni se alteraba si sus planes se torcían y fue así hasta el final. Nosotros la hemos educado y formamos su carácter y lo hicimos bien, se convirtió en una persona capaz e independiente, dispuesta a tomar sus propias decisiones en libertad y a aceptar las consecuencias, pero su vuelo se ha truncado casi antes de empezar, justo cuando finalizábamos nuestra tarea y pensábamos que había llegado el momento de relajarnos y gozar viéndola navegar en libertad.

Nada volverá a ser igual, Devi deja un vacío en nuestras vidas que nada ni nadie podrá llenar, pero no debemos caer en la tentación de recriminarnos, de pensar que esto ha ocurrido por causa de nuestros errores, o que debimos actuar de otra manera. Yo le inculqué a Devi el amor a la naturaleza, tal y como he hecho con cientos de jóvenes en Evergreen y aún antes, cuando era guía de montaña en las Rocosas. Igual que a ellos, yo convencí a Devi de que la vida es para vivirla, no para ver como otros la viven, y esa pasión la ha llevado a una situación límite, una situación en la que una maldita diarrea nos la ha arrancado para siempre. Si me sintiera culpable por ello no debería hacer lo que hago ni enseñar lo que enseño, porque, si Devi no hubiera sido nuestra hija, *hubiera sido la hija de otros padres,* y mal maestro sería si el sufrimiento que pueda causar lo que enseño, solo me doliera cuando me afecta personalmente. *A los chicos y chicas que vienen al Evergreen les digo que la muerte no es un precio demasiado alto que pagar por una vida vivida a tope. Devi ha sido feliz todos y cada uno de los días de sus veintidós años de vida. Como padres, eso no nos basta, pero sirve, tiene que servir. Siempre llevaré el dolor por la muerte de Devi, pero su felicidad debe inundarnos y llenar el resto de nuestras vidas y darle sentido, porque no puedo morirme de un infarto, bebiendo*

cerveza y comiendo patatas fritas mientras veo el golf por televisión, sería traicionarme a mí mismo y traicionar a Devi.

Sé que todo esto, para ti, no son más que palabras. Estás anegada por el dolor y maldices el día que me permitiste llamar Nanda Devi a tu hijita, a ese trozo de carne con ojos criado en lo más hondo de tu vientre. Hay una parte del sentimiento femenino, algo del hecho sagrado de ser madre, al que ni yo ni ningún hombre podremos llegar jamás, pero, por encima de madre, eres persona, una persona a la que amo infinitamente y a la que conozco bien. Estoy convencido de que te recuperarás, saldrás adelante, mirarás al futuro y verás, como lo veo yo, como lo veía Devi, *que cada vez somos menos libres, casi lo único que nos queda es elegir con qué banco contratar la hipoteca y qué marca de coche comprar y salirse de eso, sentir la auténtica LIBERTAD, tiene un precio, se corre un riesgo y puedes pagarlo muy caro. Sufrir ese ansia de libertad era lo realmente peligroso, y no el nombre que le pusiéramos a nuestra hija.* Devi asumió ese riesgo, libre y conscientemente, y ha pagado por su decisión el más alto precio posible, y más allá de mi dolor, solo encuentro, para ella, respeto y reconocimiento.

No debes pensar, porque no sería cierto ni le haría justicia, que murió sin dolor y sin rabia. Todo lo contrario, cuando se ama la vida como la amaba Devi, no la dejas escapar fácilmente. Ella luchó lo indecible y cuando comprendió que no volvería, sufrió intensamente por todo lo que le quedaba por vivir, por todo el amor que quería haber repartido y no pudo, empezando por ti. Su mayor pena en el último momento fue sentirse culpable no haber sido justa contigo, de haberte hecho dudar de su cariño y de su amor. Nuestro pajarillo estaba haciendo sus primeros vuelos fuera del nido y sentirse superprotegida por su madre la sacaba de quicio. Por eso a veces te dijo cosas duras, cosas de las que duelen, pero, en esos últimos momentos, le dolieron a ella mucho más que a ti. De toda la pena que sientes en estos momentos, líbrate de toda la que proceda de cualquier duda sobre el amor de Devi. Ella te amaba intensamente, nunca hubiera querido una madre diferente por más que lo haya gritado, y, en sus últimos momentos, ningún dolor fue mayor que el de no habértelo repetido mil millones de veces.

Regresaremos en unos días, tan pronto como logremos acabar con el papeleo. Esto es la India, aquí, la muerte es parte de la vida, la ven demasiado a menudo, y no creen que sea motivo para apresurarse.

Con todo mi amor y el de Devi, Willi.

∞∞∞∞

N. del A.: Las frases señaladas en cursiva se corresponden, de forma casi literal, con declaraciones realizadas por Willi Unsoeld en relación con la muerte de su hija, Nanda Devi.

Descubrí el Nanda Devi en las páginas de Thomas Longstaff, *Recuerdos de viaje*, hace una eternidad y me quedé prendado de esa montaña, aislada en medio de su *Santuario,* rodeada de un triple anillo de cumbres y con un único acceso: la garganta del Rishi Ganga. Algún tiempo después me tropecé con la historia de Nanda Devi Unsoeld y supe que algún día le pondría voz a esa joven. No ha sido facil, he tenido que mirar muy dentro de mí y buscar las sensaciones, ya demasiado lejanas, de mis veinte años, cuando subía montañas sin preguntarme nada, simplemente «porque estaban ahí». Estoy seguro de que ese mismo sentimiento de gozo, de placer puro, de sentirse intensamente vivo, lo compartía Nanda Devi y fue lo que la llevó hasta la India.